

Compañeros, madres, padres, profesores, autoridades:

Buenas tardes.

Sería raro que este discurso comenzara sin una breve referencia a sí mismo. Sin un breve “meta-discurso”. Sería raro, porque esa es la forma en la que comienzan año tras año y muchos de los aquí presentes deben estar acostumbrados a ese proceder.

Pero sobre todo, porque nunca estuvimos en la situación de escritura de un texto con estas características. Y es por eso que surgen muchas dudas, cuestionamientos y demás sobre la naturaleza, los temas y los fines del mismo y hasta el estilo con el que debe estar hecho.

Porque el colegio fue una experiencia intensa como ninguna otra hasta ahora y porque aparece la sensación de que pasó muy poco tiempo como para tener una perspectiva.

Pero también ocurre que, por alguna razón (que en realidad son muchas), año tras año aparece el dilema acerca de qué posición tomará el discurso. Y sólo se presentan dos alternativas: la de la crítica cruenta y despiadada por un lado, y la de la adhesión, agradecimiento y loas incondicionales por otro.

Esa aparente necesidad de toma de postura genera perplejidad.

Y además, participa otro elemento muy importante: el colegio; en gran medida el colegio, nos forjó en la costumbre de la crítica y la reflexión y es así que no podemos encarar este texto de otra manera.

Así, la crítica y la reflexión acerca del discurso serían una metáfora de lo que pretendemos acerca del colegio mismo. La forma de proceder al redactar estas líneas es, o debe ser, la forma de proceder al pensar al colegio: la crítica, la puesta en duda de todo lo que pueda ser puesto en duda.

Yendo desde abajo hacia arriba, tenemos al discurso como elemento visible de una estructura de pensamiento forjada en estos claustros, y; más allá, ese modo de pensar como parte de un todo que debe ser, si no lo es ya, nuestra cosmovisión, nuestra forma de ver y pensar al mundo.

Al repasar años y vivencias en el colegio surgen inevitablemente cuestionamientos. Cuestionamientos de toda índole, algunos de los cuales no podemos dejar de mencionar, aunque sea brevemente:

Se podría empezar siguiendo un camino piramidal, e ir al elemento más visible de la

estructura de esta institución: su conductor, su líder, su autoridad máxima. Su rector. El simple hecho de que el colegio esté comandado por una misma persona hace más de 20 años, siendo esa persona un ferviente defensor de los principios republicanos y democráticos, constituye, al menos, una contradicción desde la que es difícil exigir y no ser exigido desmesuradamente. No pretendemos centrarnos en la capacidad o la idoneidad de esa persona. No es nuestra intención, ni es lo importante.

Tampoco podemos dejar de decir lo doloroso que fue para nosotros ver salir del colegio este año a algunos de los mejores profesores que conocimos; a la vez que vemos eternizarse en las tarimas a personas cuyo aporte en nuestras vidas, si no fue nulo, fue lo mínimo que alguien puede aportar en cualquier aspecto.

Pero sobre todo es llamativo un aspecto del colegio, más interno y “microfísico”, sobre el que nos queremos centrar. Y es una suerte de juego de fuerzas que se establece entre la pertenencia y la expulsión. Nos explicamos:

Desde el momento en que pusimos nuestro primer pie en el colegio fue puesta en marcha una retórica de la pertenencia muy llamativa. Incluso el colegio se tomó el atrevimiento de abrir un paréntesis en la férrea gramática que enseña y de la que se jactan sus graduados. En lo que fue una suerte de “licencia poética”, la contracción “del” se separó para no hablar más “del” colegio, sino “de El Colegio”.

Siempre se nos dejó en claro lo especiales que éramos y lo fácil que nos resultaría el ingreso a la facultad, al contrario de lo que suele ocurrirle a la gente de nuestra edad. El CBC, ciertamente en decadencia y cuestionable, probablemente nunca haya sido tan ridiculizado como en estas aulas.

El enaltecimiento de lo propio llevó en muchos casos al desprecio por lo “otro”. Al tiempo que se construía una fuerza de inclusión fortísima, se gestaba en sus espaldas (quizás por su misma existencia, quizás como un proceso paralelo) otra fuerza, una fuerza centrífuga, expulsiva y repulsiva.

El amor por el colegio, el sentido de pertenencia a él (que nada tienen de objetables en sí mismos), son una de las cabezas de un monstruo bicéfalo, formado también por esa exclusión de lo ajeno, esa negación del afuera y el desprecio hacia el colegio sentido por quienes no forman parte de él, y, mucho más, por quienes formaron parte algún día y quedaron afuera. Y estos últimos, por cierto, son muchísimos más de los que todos quisiéramos que fueran.

Esto que, creemos, es una realidad en el colegio, es algo que, si no se quiere revisar, debe ser al menos tenido en cuenta.

Pero es válido hacerse la pregunta: ¿no surgen cuestionamientos en cualquier institución a la que pertenezcamos? ¿Más tarde no surgieron con la facultad y ámbitos laborales? ¿Antes no ocurrió con institutos, clubes, escuelas etc, de los que formamos parte? ¿Qué diferencia a esas preguntas que nos hacemos hoy y que nos hicimos a la hora de pensar este discurso?

Surgen varias respuestas, que como vemos apuntan en una misma dirección: la

profundidad, la contundencia, el carácter totalizador. Eso es lo que las diferencia.

Si bien aparecieron, las contingencias fueron rápidamente desplazadas por hechos trascendentes en nuestros cuestionamientos. Tanto a la hora de escribir este discurso como durante nuestro paso por el Buenos Aires, fue puesto en duda todo respecto del colegio, incluso sus mismas condiciones de posibilidad.

Sería estúpido negar todo eso que criticamos. Pero más estúpido aún sería negar nuestra capacidad para verlo y el origen de esa capacidad. No podemos no reconocer que si vemos sarmientismo y enciclopedismo iluminista partimos del conocimiento de estos conceptos.

Tenemos que ser capaces del elemental ejercicio de abstracción que implica ver la importancia de la conciencia del problema, por sobre el problema mismo.

Dicho en otras palabras y con toda la claridad posible: no podemos ser tan necios y miserables de tomar un aprendizaje para usarlo en contra del Maestro a sus espaldas.

Debemos, nosotros, alumnos, egresados, tener la altura de reconocer en el colegio un ente perfectible que ha tenido el enorme valor de brindarnos los materiales para construir un espejo en el cual pueda mirarse.

No está en nosotros qué hará el colegio con su reflejo. Sólo podemos reflejarlo en un espejo que, reconocemos, le debemos.

En ese recorrido antes mencionado, surge con claridad la situación que ya describimos y que año a año se ve en esta ceremonia: hay quienes sienten un gran rechazo por el colegio y quienes sienten un gran amor por él.

Pero a algunos de nosotros, terminando ya nuestro recorrido por estas aulas, un profesor nos habló de una idea según la cual uno no puede decir algo sin negar otra cosa. La negación de ese algo forma parte de su esencia. Son, pues, una misma entidad. Ese amor y ese odio no son tan paralelos como creen ser y parten de una base común: el colegio tiene un peso, no sólo institucional en la sociedad, sino emocional en nuestras vidas, que es innegable.

Por eso, ya desde el amor, ya desde el desprecio, no podemos dejar de emprender esa tarea de reflejar sus falencias desde lo que es, a fin de cuentas, un profundo agradecimiento.

Por todo esto, por permitarnos verlo, pensarlo y decirlo,

Muchas gracias